

Modernización agrícola y movilidad social hacia arriba en el sur de Yucatán*

Amarella Eastmond**

INTRODUCCION

La separación de los elementos conceptuales de aquellos empíricos en la literatura dedicada al estudio de la población rural es un paso indispensable para entender algunas de las contradicciones aparentes que han sido reportadas al respecto. Uno de los temas donde estas contradicciones son más evidentes (a tal grado que parecen vaivenes de la moda) es el de las evaluaciones del impacto socio-económico de la llamada Revolución Verde (RV) sobre los productores

agrícolas. Por un lado, hay evaluaciones que sostienen que toda la población, desde los productores empresariales hasta los jornaleros y consumidores pobres, se beneficia con la adopción de este paquete tecnológico y, por el otro, existen reportes que concluyen que sólo los ricos se benefician, provocando así un mayor desequilibrio y diferenciación social en las comunidades rurales.

El presente trabajo trata de analizar, en el caso de un proyecto de desarrollo agrícola específico en Yucatán, hasta qué punto las divergencias en las conclusiones de las evaluaciones del proyecto reflejan cambios significativos y detectables en la realidad y hasta qué punto se derivan de las diferencias conceptuales de los investigadores.

* Se agradece el apoyo recibido de la SEP por medio del convenio C-89-01-0109 para la realización de este trabajo.

** Profesor-investigador, Unidad de Ciencias Sociales, Centro de Investigaciones Regionales "Dr. Hildey Noguchi", Universidad Autónoma de Yucatán.

Las discusiones sobre el impacto de la RV están íntimamente ligadas a la perspectiva adoptada por el investigador en el debate prolongado pero no exhausto entre campesinistas y descampesinistas: los que consideran que los campesinos tienen un futuro viable como tales y los que opinan que están destinados a desaparecer, diferenciándose en pequeños empresarios agrícolas o en proletarios. Tomados conjuntamente la discusión sobre el futuro de los campesinos y el debate sobre el impacto de la RV ilustran la compleja relación entre los cambios intelectuales de moda, las diferencias y cambios paradigmáticos y los cambios observables en las condiciones de vida tanto del investigador como de su objeto de estudio que mutuamente interactúan para construir lo que cada quien percibe como "la realidad".

Trazar líneas y proponer definiciones en un campo tan fluido y multiparadigmático es a la vez necesario y peligroso. Necesario para tratar de precisar de qué estamos hablando, peligroso porque rara vez se logra y demasiado frecuentemente nuestros esfuerzos sólo terminan en etiquetas mal pegadas para la crítica futura.

Sin embargo, la necesidad empírica obliga a seguir buscando nuevas interpretaciones teóricas. A pesar de la abundancia de programas de desarrollo rural y las innumerables evaluaciones de los mismos para corregirlos y reorientarlos, la pobreza sigue evidente y más amenazadora que nunca (Lipton y Longhurst, 1989;

Banco Mundial, 1990). ¿Qué es lo que ha fallado: los análisis teóricos o la implementación de los programas? Si queremos que las ciencias sociales empiecen a recobrar su relevancia para la sociedad en general es hora de que se hagan más flexibles y que cuestionemos hasta qué punto nuestros enfoques intelectuales tienen impacto no sólo sobre la acumulación de conocimientos y el prestigio del investigador, sino también sobre las condiciones y niveles de vida de la gente rural. Compete a las ciencias sociales señalar las diferentes opciones de desarrollo que son posibles y factibles con sus correspondientes ventajas y desventajas. Para alcanzar esto es necesario desarrollar instrumentos y conceptos más acordes con la realidad actual. Mientras que en una época la evolución conceptual en las ciencias sociales iba más rápido que el cambio social, esto ya no sucede lo que provoca rezago y pérdida de relevancia de estas disciplinas.

La tarea de separar lo conceptual de lo empírico en los estudios sociales sobre el impacto de la modernización agrícola se enfrenta con muchos problemas que dificultan el establecimiento de comparaciones verdaderamente científicas. La mayoría de los estudios, aún cuando parten del mismo enfoque teórico, no coinciden exactamente en el tiempo y el espacio. Rara vez se ha intentado realizar una comparación de perspectivas teóricas en la evaluación del mismo proyecto de desarrollo agrícola en el mismo momento histórico para po-

der controlar, hasta donde sea posible, todas las variables que intervienen.

El estudio de caso que se utiliza en este trabajo para ilustrar la relación compleja entre concepto, realidad y cambio social es el Plan Chac, un proyecto gubernamental de modernización agrícola en el sur de Yucatán. Se compara los primeros estudios de evaluación que fueron hechos a mediados y a finales de los años 70 con las propias observaciones de campo realizadas por la autora desde 1988 a la fecha. No se pretende generalizar las conclusiones a toda la república ni aún a todo Yucatán, ya que éstas se limitan a la región sur del estado específicamente y a las evaluaciones citadas. El Plan Chac está lejos de ser el estudio de caso ideal ya que los análisis del proyecto difieren tanto en su enfoque teórico como en el momento de su realización. Entre las primeras evaluaciones (Paz, 1976, 1977 y Villanueva, 1983) y la última (Eastmond y Robert, 1989) pasaron más de 10 años, que fueron críticos para el desarrollo agroindustrial de la zona y la apertura de mercados para la región. Sin embargo, con el beneficio de la retrospectiva, es posible comparar las evaluaciones en algunos aspectos. Se pretende mostrar cómo la conceptualización en la cual se basaron las primeras, influidas por las tendencias marxistas dominantes en México en ese momento y una visión romántica de las comunidades campesinas (Popkin, 1979), impidió a los autores percibir que la vía de la modernización agrícola podía traer

beneficios económicos a toda la zona y a todas las categorías sociales a pesar de estar acompañado por cierto grado de diferenciación social. La insistencia de los autores de estas evaluaciones en concebir al capitalismo como el capitalismo primitivo que había criticado Marx, sin darse cuenta que ya no era el mismo "monstruo inhumano" (Galbraith, 1990) no les permitió ver que, en el contexto del Estado moderno y el crecimiento económico, la modernización agrícola capitalista es capaz de traer beneficios a una amplia sección de la población rural.

El estudio del Plan Chac me ha llevado a la conclusión de que en esta región ya no existen campesinos en el sentido en que los define Wolf (1966) y Warman (1976): cultivadores por excelencia de pequeñas parcelas de tierra, auto o semi-autosuficientes en la producción de sus alimentos y culturalmente atados a la tierra y sus comunidades. La mayoría de la gente rural de esta región realiza actividades agrícolas de pequeña escala pero éstas están completamente ligadas al mercado, todo tiene un precio definido en términos monetarios (el trabajo se paga con dinero no en especie) y ninguna familia es autosuficiente en alimentos. Es importante, sin embargo, señalar que algunos de los productores ganan más de sus parcelas que los profesionistas de la zona y lo que buscan en la vida son mejores y mayores oportunidades para ellos y sus hijos. Si esto implica dejar la tierra por otras actividades o

cultivarla de forma diferente utilizando tecnología moderna en vez de técnicas tradicionales asociadas con ritos mágico-religiosos, o salir de su comunidad de manera permanente, abandonando su identidad como campesinos, están dispuestos a hacerlo. La descripción de un tomador racional de decisiones que evalúa (dentro de los límites fijados por la información que maneja) los riesgos y los beneficios de sus diferentes opciones primordialmente en términos económicos parece adecuarse más a los campesinos de hoy en día del sur de Yucatán que la imagen de un ser culturalmente atado a la tierra y su pasado.¹

Para tratar de clarificar algunos de los aspectos conceptuales que han contribuido a deificar y congelar a los campesinos y a la agricultura tradicional en esta zona, empiezo mi análisis con un resumen breve de los "cambios de moda" en la literatura internacional sobre las evaluaciones del impacto socio-económico de la RV (Lipton y Longhurst, 1989). Luego discuto las posiciones mexicanas, fre-

cuentemente influidas por las internacionales y finalmente describo el caso de desarrollo central del Plan Chac para modernizar la agricultura en el sur de Yucatán y las evaluaciones que se han escrito al respecto.

En su síntesis de la "historia" de los estudios sobre el impacto de la RV, Lipton y Longhurst (1989) los dividen en cuatro periodos:

1) Desde finales de los sesenta hasta principios de los setenta hubo un periodo de euforia acerca del potencial de la RV para resolver los problemas del hambre en el Tercer Mundo (Brown, 1970).

2) Durante los setenta empezaron a expresarse temores de que las variedades modernas enriquecían a los agricultores grandes a expensas de los pequeños y de los jornaleros sin tierra. Esto llegó a un estado de total pesimismo sobre los alcances reales de la RV (Griffin, 1975).

3) Sin embargo, una serie de re-evaluaciones a finales de los setenta empezó a mover nuevamente el péndulo hacia una posición de optimismo. Estos estudios mostraron, por el contrario, que los pobres también se beneficiaban absolutamente de las nuevas variedades, aunque perdían en términos relativos. Se demostró que los pequeños agricultores las adoptaban (aunque más tardíamente que los grandes) y que sus aumentos en rendimientos y cosechas eran considerables por lo que vendían más que antes aunque a precios más bajos que los primeros innovadores. La mayor intensidad de producción au-

¹ Un factor que no se analiza en este trabajo por falta de datos pero que indudablemente se tendrá que poner en el balance en un futuro muy cercano, es el riesgo de daño ecológico causado por el uso excesivo de pesticidas, una parte indispensable del paquete tecnológico de la RV. Irónicamente son los mismos estadounidenses y europeos que primero inventaron y luego exportaron la RV al Tercer Mundo que ahora la están cuestionando tanto. Sin embargo, mientras no exista tecnología alternativa para atacar las plagas tan efectivamente en las zonas tropicales, los campesinos del sur de Yucatán no se pueden dar el lujo de abandonarlos por completo sin el riesgo de quedarse sin cosecha de naranjas y hortalizas.

mentó la demanda de mano de obra que, empero, rara vez resultaba en salarios más altos.

4) A mediados de los ochenta empezó una nueva ola de optimismo producida en parte por las promesas de las nuevas biotecnologías, pero también porque contrariamente a lo antes expresado, los nuevos estudios sugerían que los pequeños agricultores adoptaban más temprano que los grandes, que las variedades modernas aumentaban la contribución de la mano de obra en los ingresos y que los que más se beneficiaban eran los consumidores pobres debido a la estabilidad de precios de los alimentos básicos (Hayami, 1984).

¿A qué se deben tantos cambios en la opinión de los expertos en un periodo de 30 años?

En primer lugar es necesario recordar que estos cambios reflejan la suma de investigaciones dispersas en el tiempo y el espacio. Aún de un año a otro, cambios climáticos pueden producir cosechas contrastantes. Por otro lado, los resultados de los primeros estudios de la India tienen poco en común con aquellos llevados a cabo más tarde en los países africanos o latinoamericanos.

También ocurrieron cambios importantes en la configuración y dominación de los paradigmas en las ciencias sociales que inevitablemente han influido en las conclusiones. Las primeras evaluaciones surgieron de marcos teóricos económicos neo-clásicos que proyectaban una actitud de tecno-optimismo. Más adelante el re-

chazo hacia estas teorías y la simpatía por los análisis marxistas produjo evaluaciones de tipo tecno-pesimistas en sus conclusiones acerca del impacto de la rv, sobre todo por su efecto negativo sobre los campesinos y pequeños productores, la destrucción de su cultura y su mayor incorporación y dependencia del sistema global.

A medida que se profundizaba en las complejas relaciones causales, los estudios de las dos perspectivas teóricas se matizaban y diversificaban más haciendo demasiado simplista tal clasificación. Hasta cierto punto se pudo detectar una convergencia en las posiciones menos extremas: los análisis marxistas empezaban a reconocer la necesidad de cierto grado de crecimiento económico mientras que los neoclásicos percibían con más claridad las tendencias hacia la diferenciación social.

En México en las dos últimas décadas ha predominado el paradigma de la dependencia y los enfoques marxistas que han conducido a evaluaciones negativas del impacto de la tecnología por su asociación con el capital. Una de las evaluaciones de las transformaciones en la agricultura mexicana entre 1940-1970 es la de Hewitt de Alcántara (1978) quien, aunque no responsabiliza a la tecnología de la Revolución Verde en sí por el fracaso del sector agrícola, culpa al Estado por haber apoyado de forma preferencial a los grandes productores empresariales, creando un enclave de producción de técnicas intensivas de capital dentro de una es-

estructura agraria que sigue siendo predominantemente compuesta por explotaciones casi de subsistencia. Su argumento, derivado de la escuela de dependentistas, es que con una estrategia agraria como aquella que fue adoptada en Japón enfocada hacia la maximización de técnicas intensivas en mano de obra, se hubiera podido crear una agricultura campesina viable, utilizando los recursos naturales y humanos de una manera más eficiente. Tal hipótesis sigue abierta a discusión. Otras evaluaciones, como la de Barkin y Suárez (1985) atacan lo que consideran la naturaleza inherentemente destructiva del paquete tecnológico de la rv pero señalan que la causa fundamental de los desequilibrios que ésta trae, se debe a que la agricultura mexicana está cada vez más sujeta y controlada por los mercados e influencias internacionales completamente fuera del control de las políticas nacionales (Sanderson, 1986). La posición crítica de Barkin y Suárez en contra de la tecnología de la rv se extiende a las nuevas biotecnologías (Suárez, 1990) pero sus contraproposiciones de cómo mejorar la agricultura mexicana: la agroecología y la economía de guerra (Barkin, 1988) están muy lejos de ser convincentes.

PLAN CHAC

La zona sur de Yucatán (la región Puuc que se ha convertido en la zona citrícola y hortícola de la península)

se caracteriza por tener suelos un poco más profundos y fértiles que las otras regiones del estado.²

Antes de la introducción del Plan Chac en 1962, esta zona era principalmente maicera, compuesta por poblados pequeños de familias campesinas semi-autosuficientes que hacían su milpa y según sus propios informes, "luchaban por salir de la miseria y la esclavitud" (el trabajo en las haciendas henequeneras). El rendimiento de maíz en Yucatán era y sigue siendo muy bajo: alrededor de 600 a 700 kg por hectárea y sumamente inseguro. Cuando tenían el dinero disponible los campesinos aplicaban dosis de fertilizantes para aumentar las probabilidades de obtener una cosecha. Desde hace más de veinte años, una serie de cambios ecológicos empezaron a disminuir las cosechas según los informantes. Al no tener la seguridad de obtener suficientes alimentos sólo de su milpa, los campesinos tuvieron que diversificar tanto sus sistemas de producción como sus actividades fuera de la unidad doméstica de producción y reproducción para satisfacer sus necesidades. Muchos recurrieron a la migración como solución temporal o permanente ya que las alternativas de trabajo en la región eran escasas.

Aunque desde la Conquista se han producido frutales en la zona,

² En general en Yucatán los suelos son jóvenes, altamente alcalinos y rocosos y de muy poca profundidad que no permite la mecanización de la agricultura

sobre todo cítricos bajo condiciones de temporal, los árboles sufren estrés si no se riegan en la época de sequía y sus rendimientos son muy bajos: 8 toneladas por hectárea. La clave para la intensificación agrícola fue el desarrollo de diferentes sistemas de riego, empezando por el uso de conucos, una adaptación indígena de las técnicas mayas, hasta llegar a la perforación de pozos profundos. Esto es la única forma de obtener cantidades suficientes de agua ya que la región no cuenta con aguas superficiales. Con riego, los cítricos producen entre 20 y 25 toneladas sin muchos cuidados. Consecuentemente, cuando el gobierno dispuso de fondos para proyectos agrícolas destinados a aumentar la productividad de la agricultura, se diseñó el Plan Chac para introducir la producción en gran escala de naranjas con tecnología de la rv.

Tres millones de dólares del Banco Interamericano de Desarrollo y del Gobierno Federal fueron destinados a la organización (a través de los ejidos) y la infraestructura (electrificación, perforación de pozos profundos de 60 a 90 metros, canales de riego, etc.) del Plan que abarcaba una área de alrededor de 4 000 hectáreas. SARH compró equipo de riego israelí de aspersión, envió a sus técnicos a ser entrenados en Israel y trajo estacas de California. Estableció campos de demostración para entrenar a los campesinos conjuntamente con Banrural que también ofreció créditos a los ejidos para cubrir los gastos de operación de las 1 600 familias cam-

pesinas que se comprometieron en el Plan (se entregó un promedio de 3 hectáreas por familia) mientras maduraban los naranjos que producen fruto hasta los cinco años.

Aunque, desde el principio hubo muchas deficiencias en la operación del Plan (el monto de los créditos era insuficiente y eran entregados tardíamente, falta de insumos, falta de asesoría técnica adecuada, etc.) el problema principal sólo se puso de manifiesto cinco años después: la incapacidad del mercado local de absorber toda la cosecha de naranja. En la ausencia de infraestructura adecuada para la exportación, el efecto del proyecto fue el de inundar el mercado local, disminuyendo el precio hasta niveles aún más bajos que antes y forzando a muchos de los productores, que preferían dejar que su fruta se pudriera en el suelo que venderla con pérdidas, a buscar otro tipo de trabajo. Cuando Paz (1976 y 1977), Villanueva (1983), Ewell (1984) y Morales (1986) hicieron sus evaluaciones del impacto del Plan, sus conclusiones fueron sumamente negativas. Paz escribió: "Resulta paradójico que el objetivo de liberar al campesino de la ancestral esclavitud henequenera y maicera concluya con la moderna esclavitud cítrícola" (1977, p.25). Villanueva señala que: "Después de 10 años de funcionamiento del Plan Chac [...] la evaluación de sus resultados tenía 2 vertientes contradictorias y disímiles pero al mismo tiempo estructuralmente vinculadas. En lo relativo a los objetivos

de incrementar el nivel de vida de los productores campesinos de la región, así como el de lograr la diversificación de la producción de la zona, podía afirmarse que había fracasado. [...] Sin embargo, en lo que no había fracasado era en generar un proceso de diferenciación social y en acelerar el ritmo de acumulación de capital en la región" (1983). Los dos autores percibían el Plan como una esquema maquiavélico de parte del Estado para incorporar involuntariamente a los campesinos al mercado nacional lo cual, proponían, beneficiaba al Estado pero no a los campesinos.

Ewell (1984) y Morales (1987) también llegan a la conclusión de que el plan es un fracaso sin embargo el primero no culpa al capitalismo en sí por los problemas sino a las condiciones específicas de mercado que no permitían a los productores vender sus productos a precios rentables.

Sin duda, el bajo precio de la naranja en aquellos años propiciaba el fracaso del Plan, por lo menos a corto plazo. Pero la conclusión de Paz y Villanueva de que la vinculación con el mercado era implícitamente negativa por el inevitable aumento en la diferenciación social no concuerda con los informes de los productores hoy en día.

Las diferencias entre estas conclusiones y las más recientes se pueden explicar por un lado porque han pasado diez años cruciales en la maduración del Plan Chac que incluyen la organización de los productores citrícolas para fomentar sus propios

intereses y la construcción de una juguera en la zona para industrializar el jugo concentrado y poder exportarlo, obteniendo ingresos en dólares. Por otro lado, la diferenciación social que innegablemente había ocurrido, no provocó los desequilibrios sociales que los investigadores anteriores habían previsto ya que el desarrollo económico de la zona benefició a una amplia proporción de la población directamente y a todos indirectamente.

En 1988, al preguntarles a los productores que situación preferían: antes o después del Plan Chac, ninguno escogió la primera. Esto no es de sorprender ya que el precio de la naranja era alto, los productores con plantaciones maduras percibían ganancias considerables de sus parcelas, el valor de los terrenos con riego en la región (ejidales y privados) había subido enormemente bajo la presión de la demanda, los productores ganaban más que los maestros y burócratas locales mostrando una inversión de la situación general del estado y siempre había trabajo para los jornaleros.

Los cambios positivos en el desarrollo del Plan que lo transformaron de un fracaso a un éxito sin precedente en el sector ejidal en Yucatán, se derivaron casi enteramente de la construcción de la juguera en el centro de la zona citrícola a finales de los años 70. Fue construida por la Unión de Ejidos Citrícolas con un préstamo del Gobierno Federal después de años de presión de parte de los pro-

ductores que se quejaban de que el Plan Chac era sólo otro ejemplo de los proyectos fracasados del gobierno en la región. La Unión se convirtió entonces en la dueña legal y la administradora (por medio de su Consejo Administrativo) de la clave para transformar económicamente la región. Hoy en día, gracias a la juguera, la agroindustria cítrica es una de las pocas actividades agrícolas que han tenido éxito en el estado dentro del sector ejidal y que representa una alternativa viable al henequén. La planta opera con créditos de avío de Banrural que se pagan al final de la época de producción y desde 1984 termina cada año con ganancias. Una parte de las utilidades son redistribuidas entre los miembros de la Unión según la cantidad de naranjas que cada quien entrega, y lo demás se reinvierte en equipo nuevo. En 1987 la juguera incrementó su capacidad de procesamiento de 250 a 600 toneladas de fruta fresca por día con la instalación de un nuevo evaporador, otra torre de enfriamiento y más equipo para lavar que conjuntamente tuvo un valor de más de 430 000 dólares.

ESTRUCTURA SOCIAL ANTES Y DESPUES

Es posible percatarse de la distribución de los beneficios económicos derivados del Plan Chac a través de un análisis de la estructura de clases "antes" y "después". Obviamente tal análisis no puede ser muy preciso por

la falta de datos censales y su dudosa confiabilidad pero combinado con otros estudios y trabajo de campo en la zona permite un acercamiento a la realidad.

Para la situación de "antes" se han utilizado datos del censo de 1970 y un estudio de Webber (1980) a nivel de todo el estado. Para la situación de "después" se han utilizado datos de SARH sobre productores combinado con una encuesta realizada en la zona (Eastmond y Robert, 1989).

En 1970, Webber describió la estructura de clases de Yucatán de la siguiente manera: 1.4% en la clase alta, 16.2% en la clase media y 82.4 en las clase baja. Podemos suponer que la zona cítrica no variaba mucho de las otras regiones en aquel entonces. Utilizando los mismos criterios de clasificación (tomando en cuenta estatus y el tipo de actividad económica) la estructura de clases de la zona sur para 1980 parece mucho más sesgada a primera vista con 95% de la población en la clase baja, y solo 4.7% y 0.3% en las clases media y alta respectivamente. (Esta última está compuesta de unas cuantas familias de comerciantes algunos miembros de los cuales juegan papeles prominentes en el gobierno local.) Esta clasificación simplista, sin embargo, ignora por completo el aspecto de ingresos y presupone que todos los cultivadores por definición son pobres de la clase baja. Mis observaciones de campo de 1988 sugieren, por el contrario, que todos los productores que tienen parcelas con riego y con na-

ranjos maduros (30% de la población económicamente activa) ganan bien, muchos tienen sus ahorros en el banco y, sus ingresos superan a los de los profesionistas locales. Significa que ha habido un proceso de movilidad social hacia arriba de corto rango entre los productores, creando un grupo de "campesinos ricos" o "transicionales" que ya no se pueden clasificar como campesinos utilizando la definición clásica. Ellos deben su nuevo estatus a la tecnología de la RV y la expansión e incorporación de Yucatán al mercado internacional de la naranja. Hace ocho años ocupar un puesto de técnico o agrónomo en la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos confería prestigio y una recompensa económica razonable por lo que algunos productores abandonaron sus parcelas en favor de una entrada "segura" en el gobierno. Sin embargo, desde el principio de la crisis en 1982, los salarios de nivel medio y bajo en el gobierno no han aumentado de acuerdo con la inflación por lo que en términos reales hoy en día ganan muy poco. Los extensionistas en los Centros de Desarrollo Rural de SARH ganan alrededor de 400 000 pesos al mes, mientras que los productores que lograron mantener sus parcelas durante los años difíciles de desarrollo ganan muchas veces más y sin las limitaciones de un horario fijo. Muchos de los empleados del gobierno quisieran tener su parcela con riego para trabajarla pero los precios de los terrenos (aún los ejidales que no se pueden vender o

comprar legalmente pero que sí cambian de manos frecuentemente compensando al "dueño" anterior por las mejoras hechas) son tan altas que pocos pueden aspirar a adquirir uno. Hace más de cuatro años muy poca gente se interesaba en comprar terrenos agrícolas en la región los cuales se vendían por casi nada.

Los jornaleros también se han beneficiado del Plan Chac ya que siempre hay trabajo disponible y pueden ganar más que antes. Los medianos y grandes productores que requieren de jornaleros permanentes han sido obligados, por lo tanto, a dar prestaciones extras para evitar la fuga de peones a otros patrones que ofrecen más.

El efecto multiplicador de la planta se observa además en el aumento en los empleos informales de servicios relacionados con la agricultura, particularmente en y cerca del mercado que abre todos los días. Abundan los triciclistas que transportan productos y personas, y pueden ganar dos o tres veces el salario mínimo mientras que los acarreadores manuales pueden ganar hasta dos veces el salario mínimo en días de mucho movimiento. Mujeres vendedoras monopolizan la comercialización de las hortalizas que compran de mayoristas y revenden con ganancias cómodas si no tienen mercancías propias para vender. Hasta los niños obtienen un pequeño ingreso ayudando a sus familiares a vender o transportando productos para los clientes.

Se puede detectar cierta concentración de tierras privadas y la forma-

ción de un grupo de agricultores empresariales (23 personas o 0.4% de la PEA) que tienen jornaleros permanentes. Sólo dos productores tienen más de 150 hectáreas, y la mayoría no tienen más de 10. Sin embargo, como esta diferenciación social ha venido acompañada por un proceso general de mejoramiento en las condiciones de vida de la gente rural de la zona no ha provocado mayores resentimientos o desequilibrios.

En lo que concierne al mecanismo de diferenciación social, parece que hay dos factores fundamentales que determinaron quiénes lograron subir en la escala social: primero, la capacidad de algunos de los productores de integrar a su sistema tradicional de conocimientos un sistema moderno de información al principio de la implementación del Plan Chac. En otras palabras, la capacidad de ver y entender las oportunidades que ofrecía el gobierno en ese momento; segundo, la habilidad de jugar según las nuevas reglas del juego, es decir actuar políticamente haciendo alianzas, utilizando sus relaciones de parentesco y fomentando dependencias para obtener los recursos necesarios para trabajar la tierra: sistemas de riego, créditos blandos, insumos y asistencia técnica, etc., sin los cuales la tierra no valía nada. Los productores más ricos de hoy en día tienen en común con los demás sus raíces en la pobreza (todos se describen como hijos de campesinos pobres) pero se distinguen por una visión más abierta y dispuesta al cambio.

De haber hecho caso a las críticas iniciales inspiradas en las tendencias marxistas no se hubiera seguido con el Plan Chac después de los primeros 10 años. Fue la determinación de los mismos productores lo que convirtió el fracaso parcial en el éxito de todos, demostrando que la incorporación al mercado y la intensificación del nivel tecnológico no son incompatibles con una amplia distribución de los beneficios pero sí son incompatibles con la vida tradicional de los campesinos.¶

BIBLIOGRAFIA

- BANCO MUNDIAL, *La pobreza. Informe sobre el Desarrollo Mundial*, Washington, D.C., 1990.
- BARKIN, D., "Por una economía de guerra", en Zepeda Patterson, J. (ed.), *Las sociedades rurales hoy*, El Colegio de Michoacán y CONACYT, México, 1988.
- BARKIN y Suárez, *El fin de la autosuficiencia alimentaria*, Oceans y el Centro de Ecodesarrollo, México, 1985.
- BROWN, L., *Seeds of Change*, Praeger, New York, 1970.
- EASTMOND, A. y Robert, M.L., *Advanced Plant Biotechnology in Mexico: A Hope for the Neglected?*, ILO Working Paper núm. 200, ILO, Ginebra, 1989.
- EWELL, P., *Intensification of Peasant Agriculture in Yucatan* Cornell/International Agricultural Economics Study A. E. Research 84-4, University of Cornell, Ithaca, New York, 1984.
- GALBRAITH, J.K., "¿Qué capitalismo para Europa del Este?", *Cuadernos de Nexos*, núm. 25, julio, 1990, p. 3-5.
- GRIFFIN, K., *The Political Economy of Agrarian Change*, Macmillan, 1975.
- HAYAMI, Y., "Induced Innovation, Green Revolution and Income Distribution: Comment", en *Economic Development and Cultural Change*, núm. 1, 1981, p. 169-76.

- HEWITT de Alcántara, C., *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*, Siglo XXI editores, México, 1978.
- _____, *Imágenes del campo*, El Colegio de México, 1988.
- LIPTON, M. y Longhurst, R., *New Seeds and Poor People*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1989.
- MORALES, Carmen, *Empleo en la zona citrícola de Yucatán*, INAH, México, 1987.
- PAZ Hernández, C., *Acerca del Plan Chac*, DIADA, Escuela de Economía, UDY, Mérida, mimeog., 1976.
- _____, "Aproximación al Plan Chac", en *Yucatán, Historia y Economía*, núm. 1, DEES, UDY, 1977.
- POPKIN, S.L., *The Rational Peasant*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, 1979.
- RUTTAN, V., "The Green Revolution: Seven Generalizations", en *International Development Review* XIX, 4, 1977, p. 16-23.
- SANDERSON, S., *The Transformation of Mexican Agriculture*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1986.
- SPP e INEGI, *X Censo general de población y vivienda*, 1980, (estado de Yucatán), vols. I y II, México, 1983.
- SUAREZ, B. (coordinador), *¿Biotecnología para el progreso de México?*, Centro de Ecode-sarrollo, México, 1990.
- STAKMAN, E.C., Bradfield, R. y Mangelsdorf, P. C., *Campaigns Against Hunger*, Harvard University Press, Massachusetts, 1967.
- VILLANUEVA, E., "Desarrollo capitalista y sujeción campesina en la zona citrícola de Yucatán", en *Cuadernos de Investigación*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1983.
- WARMAN, A., *Centro de Investigaciones Superiores del INAH*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1976.
- WEBBER, I.L., "Social Organization and Change in Modern Yucatán", Mosley E.H. y Terry, E. D. (eds), *Yucatán: A World Apart*, University of Alabama Press, Alabama, 1980.
- WOLF, E.R., *Peasants*, Prentice-Hall, Inc., New Jersey, 1966.